

Luis Quintana Tejera
El mundo parroquial
Ciencia Ergo Sum, vol. 7, núm. 3, noviembre, 2000
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401917>



Ciencia Ergo Sum,
ISSN (Versión impresa): 1405-0269
ciencia.ergosum@yahoo.com.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

El mundo parroquial

Luis Quintana Tejera*

* Facultad de Humanidades, UAEM.
Teléfono: (722) 213 14 07.
Correo electrónico: gluis@toluca.podernet.com.mx

*Lo lúdico es más
lúdico aún
si emerge irreverente
en el espacio de Dios.*

Era el mundo insólito de la parroquia de Maldonado en donde había hasta un sacristán volador; su nombre, Atanasio Plada. Y no es que hubiera aprendido a volar en ningún circo, sino que un día alguien llegó gritando con el padre Agatángel para decirle que su ayudante principal se había caído de la torre mayor.

El resignado sacerdote se dirigió rápidamente hacia el lugar señalado por el escandaloso mensajero; fue hasta allí sólo para cumplir la función póstuma: para dar los últimos sacramentos a lo que pudiera hallarse de los restos del querido Pladita.

Pero su asombro no pudo ser mayor cuando vio de golpe al confundido sacristán quien se estaba limpiando cuidadosamente el pantalón de trabajo mientras se preguntaba qué había pasado en ese recorrido hacia la madre tierra.

- "Estas cosas de Dios", balbuceaba el fiel sacerdote al mismo tiempo que se imaginaba al pobre sacristán compareciendo ante el tribunal supremo y en el mismo instante devuelto a la tierra para que siguiera purgando quién sabe qué escondidos pecados.

Atanasio le tenía mucho miedo a las alturas y por eso esa mañana cuando lo mandaron a la torre mayor quiso hacerlo rápido y ni siquiera se detuvo a pensarlo.

Cuando se dio cuenta ya estaba allá, en lo alto. Temblaba tanto que no se atrevía ni a mover una mano; sus piernas parecían no responderle ya más. De pronto, una inoportuna golondrina que estaba tras la búsqueda de un buen nido, no vio o no quiso ver al hacendoso sacristán. Pladita cayó irremediablemente al vacío y contra todas las leyes de la lógica fue rebotando de torre en torre hasta llegar al llano como si nada hubiera pasado.

La conocida historia de aquel Santo de uno de los altares laterales que había bajado su mano de plomo al encuentro impresionado de Domínguez, pasaba ahora a un tímido segundo plano cuando la gente contaba lo que le había sucedido al ayudante principal o, mejor aún, lo que no le había pasado.

Durante las misas y mientras Atanasio llevaba la bandeja del dinero, todos lo miraban con cierto aire misterioso y cómplice; todos lo veían como a un fenómeno rescatado de la muerte. No podían creer que hubiera pasado lo que en verdad había ocurrido. Tan acostumbrados estaban todos a los milagros, que cuando veían uno de verdad se resistían.

Pladita cantaba durante las misas con una voz de tenor arrepentido. De su garganta salían acordes a medio terminar y en un confuso latín integrado por términos no totalmente comprendidos, pero sí fielmente seguidos por una entonación implantada.

El padre Agatángel le daba muchos consejos para un buen vivir. Le decía reiteradamente que se lavara lo más seguido posible la boca, porque a nadie le era desconocido el aliento de este pobre varón. Le pedía también que tocara las campanas para la ceremonia mayor con la máxima puntualidad para poder reunir así a los escasos feligreses de aquella parroquia de Dios.

Pero Atanasio no podía llegar nunca a tiempo y confundía los términos aprendidos de labios del sacerdote. Convocaba a las 8:30 para la misa de las 8:00, sin advertir que el querido Agatángel ya estaba casi terminando la mencionada celebración y que luchaba por imponer su voz por encima de los campanazos del celoso sacristán.

En cierta ocasión, Atanasio fue al centro a comprar el pan para la cena. Distraído como siempre extravió el dinero que el santo hombre de Dios le había entregado, y cuando fue a pagar no tenía con qué. El terror se apoderó de él, mucho más que cuando venía rebotando de pared en pared, mucho más que cuando se descubrió vivo en medio de la confusión de la muerte; y con rápida salida le comentó al panadero que Dios le sabría agradecer eternamente si olvidaba cobrar al menos por ese día. El panadero, menos versado en las cosas de Dios y más entregado a las cosas de la tierra, le contestó que hiciera el favor de entregarle los pesos correspondientes y que se fuera a vender la salvación de las almas a otra parte. Pladita regresó sin pan y sin dinero.

Es preciso reconocer que Atanasio daba, para quien lo conociera por primera vez, la impresión de hallarse ante un individuo más próximo al mono que al ser humano. Hablaba de una manera confusa y de pronto estallaba en una carcajada histérica con la cual posiblemente estaba festejando algún ignorado chiste de su pasado.

Muchos feligreses decían que era un verdadero santo, y quizás en este contexto incluyeran las torpezas cotidianas de este ser extraño; sus arrebatos líricos en la placidez del coro dominical; sus férreas confesiones de pecados que nunca había cometido, pero que su conciencia atormentada le exigía a gritos para calmar a priori la santidad sin pecado.

Los acontecimientos más triviales podían convertirse de pronto en hechos relevantes, al menos para ese pequeño mundo parroquial que ocupa un sitio en mi historia.

En cierta ocasión, momentos antes de comenzar la celebración del santo sacrificio de la misa, ingresó al templo uno de esos seres humanos abandonados por el atributo sublime de la razón, uno de esos individuos que nunca faltan en

los momentos de mayor seriedad y concentración, y se fue directo al altar mayor en donde se apoderó de un hisopo bendito y comenzó inmediatamente a distribuir entre objetos sagrados y fieles presentes el altísimo líquido. Parecía por momentos un individuo compenetrado con lo que estaba haciendo y sentía la magia del instante. Llegó casi volando Pladita y en medio del silencio que todo lo rodeaba inició una sorda lucha con el improvisado sacristán y voló lejos el hisopo con el agua bendita y fue a caer a los pies del confesionario en donde el padre Agatángel acababa de perdonar a una santa viejecilla. Pladita y el loco rodaron por el sublime recinto y se llevaron a su paso velas, santos, catecismos y hasta la pobre viejita que acababa de recuperar su santidad bajo el ademán de cruz del querido sacerdote, cayó al suelo lastimando su cuerpo. Atanasio no pudo con la furia divina del quiijote improvisado. Y sólo Agatángel consiguió sacar de un brazo al asustado visitante.

Con lo anterior quiero demostrar de qué manera Atanasio Plada era más que un accesorio en aquel lugar. Un día llegó el padre Juan, quien estaba completamente sordo, pero conservaba aún un discurso feroz y vital que entregaba a sus feligreses en cada misa silenciosa.

Atanasio era el encargado de tocar el órgano o mejor aún, el pequeño armonio que se hallaba en el coro, allá en lo alto. Existía un convenio entre él y el padre Juan en el que habían quedado de acuerdo desde hacía ya algún tiempo. Se trataba de lo siguiente: cuando Pladita terminara la parte musical que le correspondía debía encender una tenue lucecilla que se hallaba en la parte alta del coro. El sacerdote desde el púlpito hacia allí estaría mirando.

Pero, estas cosas del demonio juguetero, como le llamaba el padre Domingo, hicieron que el cansado padre Juan -mientras Atanasio aporreaba al agotado instrumento-, dormitara levemente dando la apariencia de concentrada oración. De esta manera no vio la luz y después de unos momentos de profundo silencio que nadie llegaba a interpretar, Atanasio procedió a bajar el interruptor. Pues bien, don Juan despertó al fin y al no ver la luz continuó concentrado en su silencio durante unos minutos, para dejar escapar por fin con aquel vozarrón de monje medieval continente y casto, un "Cuándo vas a terminar con tu cantarella, Atanasio"; todo esto dicho en el bien entendido de que la música habría de tapan la intromisión sacerdotal. Ocurrió lo contrario y en medio de la paz monacal que

nadie entendía, aquel alarido de voz surgió como un llamado grotesco.

Atanasio estaba avergonzado. Pero por más que intentó decírselo al querido Juan éste nunca lo oyó, lo que equivale a decir que nunca lo supo.

Los días iban pasando tranquilamente.

Atanasio continuaba firme en su apostolado de cada día. Trasladaron a Agatángel a Buenos Aires y Pladita no pudo entenderse con el nuevo párroco. Dejó de cantar y de perseguir locos y de golpear ancianas; ni siquiera se autorizó a sí mismo una nueva caída de la torre mayor. Algunas veces, asistiendo a misa con mi hermana, le oí cantar en el fondo del templo, pero ya no era el personaje de otras épocas. La maraña de los tiempos nuevos lo ocultaba y él se iba hundiendo poco a poco en el olvido.